

Ciudadanía, libertad individual, derechos sociales e incertidumbre: Los estallidos sociales anti neoliberales y la pandemia del COVID-19.

Francisco Báez Urbina

Teniendo en cuenta que el capitalismo enfrenta actualmente 3 grandes crisis: Una crisis económica de alta concentración y bajo crecimiento, una crisis moral de desigualdad distributiva y corrupción de élites, y una crisis climática en agudización, hoy nos encontramos en medio de un escenario de crisis sistémica que amenaza la supervivencia humana y los soportes de la vida social tal como la hemos venido conociendo hasta ahora. Una crisis compuesta, al menos, por dos grandes componentes –particulares, pero asociados-que guardan relación directa con el agotamiento de un modelo socioeconómico que, bajo la idea de la religión del crecimiento económico, ha servido para crear y acumular, en muy pocas manos, una cantidad de riqueza nunca vista en la historia humana. Nos referimos a la crisis de legitimidad del actual esquema de producción y acumulación llamado neoliberalismo (por lo menos de su versión ortodoxa), y a la crisis sanitaria global generada indirectamente por este.

Efectivamente, por un lado, pese a las toneladas de páginas escritas en las últimas décadas sobre las nefastas consecuencias del neoliberalismo: la concentración y la desigualdad económica (que potencia o pone en evidencia la brutal desigualdad de raza y género existente), la baja de la confianza horizontal y vertical, la destrucción del tejido social y de las comunidades, la precarización del trabajo, el endeudamiento privado, el individualismo y el consumo excesivos, o simplemente las consecuencias en la vida y la salud mental de las personas, ningún relato futuroológico previó el estallido social anti desigualdad desarrollado el año 2019 alrededor del mundo, y/o, en particular, el estallido social desarrollado en Chile en torno al concepto de dignidad y contra las mismas causas. En efecto, la desinstitucionalización completa de la vida, la intensificación actual de los procesos de acumulación, explotación y expropiación capitalista, la desregulación radical de la economía, y el desprestigio completo de la idea de lo colectivo, de la protección social y de los criterios de universalidad en la formulación de políticas públicas, nos han llevado tanto a la combinación de formas originarias y sofisticadas de extracción de plusvalía sobre el trabajo, a la masificación de lógicas

privatizadoras y expropiadoras, como al desequilibrio vital completo entre sociedad y naturaleza (el antropoceno y sus consecuencias sobre el entorno). En ese sentido, estos últimos años, países como Chile, Colombia, Ecuador y Haití en América Latina, Francia (los chalecos amarillos y el movimiento contra la reforma del sistema de pensiones francés) en Europa; Argelia, Egipto, Iraq o el Líbano en Oriente Medio; o el mismo Sudán en el continente africano, han experimentado un ciclo de protesta que demuestran que el neoliberalismo está viviendo una supuesta face final de desarrollo; o por lo menos de su versión más ortodoxa. Todos, movimientos que vienen a alterar el normal esquema neoliberal de gobernanza y que evidencian una crisis sistémica sin precedentes en los últimos 50 años. Recordemos por ejemplo, algunos movimientos sociopolíticos de protesta como los movimientos ante la crisis económica argentina del 2001, la ola de movilizaciones tras la crisis económica del 2008 (el 15 M en España), el movimiento estudiantil en Chile del 2011, el proceso revolucionario tunecino que abrió la ola de conmoción política que experimentaron los países árabes después del año 2011, el emblemático Occupy Wall Street, o algunas manifestaciones de protesta asociadas a crisis políticas nacionales internas como las de Bolivia, Catalunya o Hong Kong.

Por otro lado, y como hemos podido constatar, ninguno de los análisis proyectivos del Siglo XX que intentaron anticipar cómo sería el porvenir del Siglo XXI, consideró de manera cierta la pandemia provocada por esta variedad de coronavirus. En efecto, considerando que el carácter predictivo es sumamente esquivo en las ciencias sociales, el desconcierto y la incertidumbre asociada a esta pandemia ha venido motivando una serie de reflexiones ex post sobre lo imprevisible, lo sorpresivo y lo desastroso que ha llegado a ser de la situación sanitaria, económica y psico social actual. La crisis sanitaria ha desencadenado una crisis que podemos definir como una policrisis o megacrisis (crisis sanitaria, económica, política y social), en tanto se extiende desde lo existencial, hasta lo político, pasando por lo económico y lo social; es decir, una crisis que, desde lo individual hasta lo global, pasando por lo familiar, lo regional y lo estadual, está afectando al conjunto de las esferas relevantes de la vida humana. Es, en este sentido, que recuperamos las palabras que usa Edgar Morin cuando resume este paroxismo como “un pequeño virus en una ciudad ignorada de China que ha desencadenado la agitación de un mundo”.

Se trata entonces de una crisis sistémica, una policrisis, que ha acentuado la tensión entre libertad individual y bien común, entre prevenir centralmente una crisis económica que se avisa como evidente, o contener la propagación del virus centrándose en la salud de la población; cuestión que de todas maneras ha sacudido todos los dogmas que articulan la economía liberal. Asimismo, en el plano macro institucional se han revelado, con dramatismo, las deficiencias de una política del capital que sacrifica la mano de obra para aumentar la rentabilidad y la competitividad. En la perspectiva de la crisis social, las cuarentenas dejan

al descubierto una vez más las profundas desigualdades entre quienes viven en situación de hacinamiento y violencia intrafamiliar, en contraste con quienes huyen a sus segundas viviendas para salir del encierro y el horror. Al centrar la mirada en el plano existencial, esta pandemia invita a cuestionar nuestras necesidades reales, nuestros auténticos anhelos y auténticas aspiraciones, las que funcionan permanentemente enmascaradas en la alienación de la vida cotidiana. También podemos observar la suerte de crisis civilizatoria cuando observamos, por ejemplo, la ausencia de solidaridad y empatía por el otro que dejó la inoculación del consumismo que caracteriza nuestra era. De esta manera, la pandemia permite reconocer la profundización de los antiguos males sociales de la discriminación, el sexismo, el racismo y el clasismo. Sin duda, una crisis que demanda la visibilización de las evidentes, pero muchas veces invisibilizadas complejidades de esta fragmentada y nihilista realidad que vivimos. Respecto de ello, y en las palabras escritas por Paul Preciado en Sopa de Wuhan, un virus que "actúa a nuestra imagen y semejanza, (...) y que (...) no hace más que replicar, materializar, intensificar y extender a toda la población, las formas dominantes de gestión biopolítica y necropolítica que ya estaban trabajando sobre el territorio nacional y sus límites". En pocas palabras, el virus nos ha desnudado y ha hecho que nos veamos tal cual somos o tal cual estamos.

Sobre las causas de la actual crisis, los comentarios más o menos serios, es decir, excluyendo del menú explicativo a las teorías conspirativas, señalan al capitalismo agro industrial alimentario intensivo y al crecimiento económico desbordado; todo ello, producto de la religión del crecimiento impuesta por el neoliberalismo y la desregulación económica radical. Es decir, el saqueo y el pillaje sistemático del medio ambiente próximo y no tan próximo, llevados a cabo por un modelo de producción que lleva decenios exprimiendo la naturaleza y transformando el clima. Sobre esto, Esteban Engel ha señalado que:

"una de las cosas que ha causado esto es el aumento de la población y la demanda por más proteína animal en la dieta. Muchos pollos hacinados, muchos murciélagos y animales exóticos, la gente esta comiendo mucho animal. Y naciones que antes comían sobre todo arroz en zonas rurales, ahora están comiendo más gallinas, chanchos. Nosotros mismos comemos más carne que nuestros antepasados. Este hacinamiento de animales en contacto cercano con humanos y la producción tan industrializada, es la receta ideal para el desastre, para que un virus salte y se provoque una zoonosis. Cuando vamos a deforestar bosques y nos metemos en hábitats que están colonizados por animales que no es normal que estén en contacto con humanos, nos exponemos a que nos transmitan un virus".

En palabras de Ignacio Ramonet:

“desde hace lustros, los militantes ecologistas vienen advirtiendo que la destrucción humana de la biodiversidad está creando las condiciones objetivas para que nuevos virus y nuevas enfermedades aparezcan: «La deforestación, la apertura de nuevas carreteras, la minería y la caza son actividades implicadas en el desencadenamiento de diferentes epidemias explica, por ejemplo, Alex Richter-Boix, doctor en biología y especialista en cambio climático-Diversos virus y otros patógenos se encuentran en los animales salvajes. Cuando las actividades humanas entran en contacto con la fauna salvaje, un patógeno puede saltar e infectar animales domésticos y de ahí saltar de nuevo a los humanos; o directamente de un animal salvaje a los humanos”.

O, por último, en las de Lissardy quien nos señala que: “las causas subyacentes de las enfermedades emergentes están determinadas por lo que hacemos en el mundo (...) La mayoría de los animales salvajes portan virus, y algunos de ellos pueden infectarnos y volverse letales. A medida que hacemos más contacto con la vida silvestre en nuestras actividades cotidianas, como la construcción de carreteras, la tala de bosques, el comercio de especies silvestres o la agricultura, estamos expuestos a estos virus”.

Es decir, la ruptura del equilibrio ecológico entre diferentes especies y la multiplicación de ecosistemas desequilibrados amplifican las probabilidades de explosión de la zoonosis, enfermedades animales que infectan a las poblaciones humanas. Mientras más extractivismo y agroindustria y minería intensiva haya, más desequilibrados y degradados estarán los ecosistemas biológicos; y mientras más ocurra esto último, más desprotegidos e indefensos estaremos como población humana frente a la zoonosis.

La estrategia adoptada hasta ahora a nivel global, con sus bemoles, no ha sido la del encierro total preventivo, que es lo que señalaría un sentido común gubernamental democrático protector que anteponga la salud pública a la libertad económica (o una racionalidad disciplinaria total), sino que ha sido una estrategia mixta de riesgo controlado que, respetando en algún grado las libertades públicas de carácter liberal, no destruya la economía. Con todo, al parecer las estrategias más exitosas han sido las protectoras y las que disponen de una infraestructura de salud pública robusta. Las peores?, las negacionistas o las liberales que, anteponiendo las libertades individuales a la salud pública, no gozan de ese sistema sanitario público robusto que tanto y tan bien se han preocupado por desmantelar en estos últimos 30 años (la mantención de un sistema de calidad y universal de salud no va con la doctrina liberal neoconservadora y se asiente en la siguiente premisa: No gastaré dinero público en algo que probablemente no ocurra bajo mi mandato).

En Chile al menos, pandemia es sinónimo de neoliberalismo: La gestión de esta ha sido completamente neoliberal, el virus ha desnudado las consecuencias de este, y se comprueba todos los días que el COVID 19 ataca fundamentalmente a los grupos sociales más perjudicados por el propio neoliberalismo. Un par de ejemplos: (1) Pasan multa por no usar mascarilla, pero la gente no tiene plata para comprar mascarilla (porque ya no está el trabajo del día a día) y el Estado no reparte mascarillas. (2) La inmunidad de rebaño, la gran estrategia del Estado chileno centrada en el mantenimiento de la economía y en el contagio lento de la población, no dio resultados. Y ojo, si no hay renta básica universal de ciudadanía, la gente sale a trabajar a la calle. Si sale a la calle, se puede contagiar. Si la autoridad percibe que la gente no hace cuarentena, extrema medidas de confinamiento y aplaza el fin de las medidas. Si se aplaza el fin de las medidas, se aplaza la recuperación económica y la gente seguirá saliendo a la calle y se seguirá contagiando. Cuestión que, incluso, nos puede llevar a pensar el tema en términos del problema clásico de la acción colectiva. Este se da cuando nadie quiere participar en la producción de un bien, pero todos se quieren beneficiar de él (freeriders). El punto es que si no hay participación no habrá bien para repartir. En nuestro caso, individualmente nadie quiere hacer cuarentena, pero todos quieren salud colectiva y normalidad económica. Pero si nadie se cuida (simultáneamente), no habrá salud colectiva ni normalidad de la cual beneficiarse. Pero, ¿por qué nadie quiere hacer cuarentena? ¿Se le cree a las autoridades? ¿Se confía en las cifras? ¿Pesa en esto la cultura liberal de las libertades individuales exacerbadas? ¿O simplemente, porque hay que salir a la calle a buscar el sustento debido a la hegemonía de un mercado laboral precario e informal extendido?

Respecto de los efectos, ¿cuáles serán las consecuencias de esta situación de pandemia y desastre global sanitario y económico-político?: ¿El fin de la mundialización (Walden Bello)?, ¿una nueva normalidad construida sobre mecanismos cibernéticos de vigilancia y control sociales?, ¿la instalación de un Estado totalitario de base tecnológica?, ¿la vuelta a una salida igualitarista a la antigua (Slavoj Žižek)?, ¿la profundización del neoliberalismo? (Naomi Klein), ¿la instalación de un neoliberalismo menos ortodoxo y de guerra permanente? (Byung-Chul Han), ¿la vuelta del fascismo cómo lo conocimos?. No lo sabemos. En este sentido, Naomi Klein, por ejemplo, nos señala qué hechos de gran impacto en la población, como crisis económicas, guerras, desastres naturales, atentados terroristas o pandemias, tienen la capacidad de crear en la población un estado psicológico que los haga aceptar medidas gubernamentales que resultarían inaceptables en contextos de política y economía normales. Y ahí está el peligro.

Ahora bien. ¿Cuáles serían las formas de salir de la crisis? Cuarentena total con renta básica de ciudadanía?, es decir, un ingreso básico garantizado, universal, incondicional, permanente y financiado con impuestos progresivos que permitan en estos momentos un encierro decente y digno;

la suspensión de la deuda ilegítima de Estados periféricos respecto de las economías centrales; la construcción de sociedades que conjuguen -de manera interdependiente, ¡y de verdad! -crecimiento, seguridad humana, protección social, cuidado, reconocimiento y solidaridad. Todo esto, sin seguir invisibilizando los debates académicos y públicos sobre la crisis ecológica y el colapso climático actual que nos tiene al borde del fracaso como sociedad y como especie.

Con todo, al parecer, el actual ciclo global de protestas, el estallido social, y la pandemia del Covid 19 serían muestras del fracaso del neoliberalismo y de la religión del crecimiento que le da soporte intelectual y doctrinal. Y serían, además, manifestaciones altamente sensibles que demuestran que estamos ante la oportunidad definitiva para realizar los cambios necesarios y urgentes que necesitamos.